

Comida en casa de Víctor Hugo. Naturalmente, el gran poeta preside; pero a un extremo de la mesa, aislado; los comensales poco a poco se retiran de él, se acercan a la juventud, a Juana, a Jorge. El poeta está casi sordo; no se le habla. Olvidábasele ya, cuando, de pronto, hacia el final de la comida, se escucha la voz del grande hombre de barba hirsuta, una voz profunda, venida de lejos, que dice:

—¡A mí no me han dado bizcochos!

El acento apocalíptico cuyos ecos estremecían a la humanidad reclamaba su ración.

Un admirador extranjero, queriendo recoger todos los rastros del ídolo, interroga a la portera de Julieta Drouet, que, durante tantos años, lo vió entrar y salir en la casa inmortalizada por sus amores:

—¿Ud. conoció a M. Hugo?—¡Oh! sí, mucho. Calcule Ud. que venía todos los días a las cinco en punto, como los gendarmes. Jamás faltaba. Nunca supe si sería tiñoso; pero el hecho es que nunca me hizo el menor saludo a la pasada. Yo le decía «el imbécil». Cuando se acercaban las cinco: —Ya va a venir el imbécil.—A las cinco:—Ahí va el imbécil.

Relatividad de los valores humanos, lecciones de modestia, puntos de referencia para medir la Historia grande, he aquí las enseñanzas principales y la utilidad de estas historias con minúsculas que son las anécdotas. Los grandes hombres se nos escapan de las manos si permitimos a la fantasía idealizarlos sin control; pierden su utilidad si acaso no los traemos de cuando en cuando al plano terrestre mediante el hilo malicioso de alguna anécdota oportuna. El *Diario* de Jules Renard, tela firme, tejida con esos hilos, podría servir de sudario a las mayores vanidades literarias.—A L O N E.

<https://doi.org/10.29393/At58-9ALJV10009>

Altiplanitis

LA ENFERMEDAD MEXICANA

ASI como en Londres las brumas y la humedad han engendrado su mal, el *spleen*, también en el antiguo imperio azteca toda la vasta meseta que va de la histórica ciudad de Puebla a la ciudad de León, tiene su mal sin nombre que bien podría llamarse la altiplanitis: la inflamación, la enfermedad de las alturas. Los que en la meseta nacieron, apenas sedan cuenta de su mal; viven toda la vida enfermizos, repartiendo los largos ocios entre el cigarrillo siem-

pre en la boca y la tos siempre en la garganta; envejecen prematuramente y se van sin darse cuenta de que son o fueron víctimas de una extraña y sutil dolencia. Apenas si un viaje al puerto de Veracruz, el clásico viaje de tres días a la costa, una vez en la vida, para ver el mar, apenas si, entonces, al soplo de la brisa cargada de esencias vitales, el pobre arribeño anémico, tiene la sensación del vigor; el golpe tonificante que sacude y quizás quebranta su flaco organismo. Pero en seguida el arribeño suda, y como el hombre del altiplano, criado en un ambiente falso, un ambiente sin clima, ni frío ni calor, ni vientos que azoten, no tolera el sudor que es purificación ni el calor que ensancha la vida, huye del trópico, huye otra vez en dirección de su casa artificial, sin calores, ni vientos ni fríos, la morada de pájaros del altiplano donde una falsa comodidad debilita y degenera los cuerpos.

Los hijos del altiplano no se dan cuenta de su mal y alaban el clima apacible; apacible y traidor clima aminorado de la meseta. Y no se agitan con exceso por no hacer palpitar el corazón y comen en demasía porque no hay otra cosa que hacer, pero el organismo digiere lento y mal porque todo el trabajo, toda la energía se la lleva el corazón en su incesante bombeo para alcanzar el equilibrio de un medio inhumano, antinatural. Porque la vida fué primero del mar y no pudo apartarse todavía sin pena de las orillas del mar. Pero los que no hemos tenido el hábito del altiplano o lo hemos perdido después de una larga estancia a orillas del mar, sentimos el malestar de la sutil y traidora dolencia apenas subimos la meseta. Ya no se suda, es cierto, pero, en cambio, ya casi no se puede andar; ya no se siente ni el calor ni el frío, pero en cambio, no sé qué extraña laxitud pone anemia en el cuerpo y en el alma. Los propósitos atrevidos vacilan; la confianza disminuye; se está en la región de los aires, pero el polvo no deja ver los tenues, los claros contornos. Polvo y pobreza; valles desolados donde un siglo de barbarie ha ido talando los montes; raza enemiga del árbol: inconsciente afán destructor; como nada edifica todo lo cambia de objeto y de nombre: el antiguo convento se torna en escuela y acaba en ruina y cuartel. Ideología desintegrada que no acierta a cuajar en acción. Bárbara acción que no sabe de ideología, y por dentro como el frío penetrante y agrio, malsano de las madrugadas, un escepticismo medroso; por fuera, una ironía corrosiva que simula talento, que no acierta a convertirse en capacidad. Y viejos los hombres a los cuarenta. ¡Oh! altiplanitis, se te siente en el corazón, como un amago de muerte.

Una mitad de la población mexicana está en la meseta atacada de altiplanitis; un quinto está en la frontera vigorosa, pero amenazada de yanquicismo postizo, y el resto en el trópico, padeciendo el paludismo. Dos enfermedades del cuerpo: altiplanitis y paludismo y una enfermedad del alma: metodismo en lata; he allí las tres plagas que no sospecha el Consejo de Salubridad, pero entre las tres mantienen la parálisis, la letargia con alternativas de fiebre que hace un siglo atormenta a la nación mexicana.

Quiero vivir en Oaxaca, a dos mil metros sobre el mar y los hombres, dijo una vez el delirio de Nietzsche. Y adivino que hay por allí cierto aura profundo, que compensa el malestar de la altura. Y los magruesos sabinos del Globo. También Netzahualcoyotl estadista y vidente llenaba el altiplano de Anahuac con bosques de ahuehetes que recogen, retienen y luego esparcen vitalizada la humedad.

Y los dos médicos, Nietzsche y Netzahualcoyotl, médicos de la vida, nos señalaron uno de los remedios contra la altiplanitis, pero la raza bárbara que tantos años lleva de encumbrar a los analfabetos mientras expulsa o asesina a los Nietzsches y los Netzahualcoyotls, se ha puesto a hacer leña y carbón de los bosques, o peor aún, negocio y lucro de bribones ensoberbecidos con la impunidad. Y la altiplanitis acalla el vigor de la protesta y dibuja en el rostro sin expresión una sonrisa de cobardía.

Los ingleses han inventado una serie de hábitos que les permiten combatir victoriosamente el *spleen*: ropas de lana, comidas sólidas y el te que tonifica; también la cerveza espesa que da calor. Y en México, en vez de los hábitos que curarían la altiplanitis, nos empeñamos en imitar la dieta del *spleen*. El altiplano se regenera primero con bosques, como lo hizo la civilización del Anahuac o el azar de la naturaleza. En el altiplano también las comidas han de ser ligeras y especialmente frutívoras. No debería haber una sola carnicería en todo el altiplano y en cambio, sí, muchas fruterías estilo California, de esas que deslumbran y reconfortan con sus pirámides de uvas y de peras y zanahorias y nabos. Además, el hombre del altiplano no debe cenar, ¿quién ha visto cenar a los pájaros? El hombre del altiplano no debe fumar, porque la hoja del tabaco reseco pierde aroma y sabor y conserva sólo el tufo dañino. Pero allí donde no es muy alta la meseta y se da bien la uva, debiera hacerse vino para que el hombre del altiplano tampoco beba alcoholes que en la altura no se eliminan y sólo envenenan.

Algún día el altiplano será vencido; quizá está predestinado a ser la morada ideal de los hombres futuros. Algún sentido tiene que haber en eso de estar tan cerca de las cumbres y las estrellas; por algo el pájaro es como una aristocracia de la creación. Pero antes es necesario crear el ambiente del altiplano, la cultura de la meseta, la práctica y la doctrina de la meseta, tal y como los demás pueblos han inventado en largos siglos de cultura la práctica y la doctrina de las tierras bajas.

Se concibe fácilmente en un futuro ya próximo toda la meseta mexicana reforestada, como un Anahuac grande, y toda lacustre, con grandes lagos artificiales; depósitos calculados de las grandes obras de ingeniería eléctrica, que harán de la meseta el «reservoir» de las grandes plantas de aprovechamiento eléctrico. El régimen de las lluvias artificialmente influenciado acrecentará la humedad y reverdecerá los desiertos. Y la higiene propia del altiplano defenderá, conservará la salud; entonces la altiplanitis vencida dejará de atormentar, dejará de empobrecer el esfuerzo de quienes viven a la Nietzsche a dos mil metros sobre el mar y los hombres. Tierras de recreo, de descanso y de meditación llamarán los de mañana a estas pobres mesetas donde ahora la vida se torna exangüe y el carácter se debilita y se agria; pero antes y mientras no pongamos manos a la obra, mientras no pongamos inteligencia en el problema, ¿cuántos siglos, cuántas décadas, nos quedan todavía de anemia y de miseria, de decadencia y polvo, de desvergüenza y fracaso?

¿Y seremos los mismos, seremos nosotros los transformadores de la meseta, los creadores de su higiene y de su técnica, o serán otros, siempre otros venidos de lejos, los únicos capaces de traer el impulso de la renovación? Castas de bárbaros, una tras de otra llegan al altiplano y humillan a los habitantes anémicos, pero no tardan en inficionarse también. Un ambiente apacible engaña con su comodidad y los vicios violentos de las tierras bajas se hacen mortíferos en el aire enrarecido, y pronto los conquistadores contagiados de altiplanitis, se dan también a la anemia de una molicie sin goces. Se dirían las regiones del aire en donde no pasa nada, porque no hay sustancias para engendrar un suceso. . . .

Durante las largas sequías de más de medio año, no sólo las gentes, los animales, también la naturaleza parece agobiada del mal de la altura; las yerbas se queman, los follajes escasos se tornan lánguidos y el olfato busca en vano una partícula de humedad en el viento. El mismo cactus se reviste de polvo y esconde el jugo, el poco jugo de su interior. Sólo los perfiles, entonces, brotan airosos de la nada del aire, muy precisos y

finos mientras el plano de varias profundidades de montañas y valles se proyecta inmóvil y luminoso. Tierra de cumbres donde el delirio incongruente suele suplantar a la creadora imaginación.

Y tan profundo es el mal de la montaña; tan intensa y sutil esta dolencia de la altiplanitis que ni los hombres ni las civilizaciones aciertan a acabar su tarea en esta tierra de la meseta. Y así yo, ahora que hago esfuerzos para vencer este primer ataque de una altiplanitis que en algunos se hace crónica, no atino a terminar este artículo; ni es terminable el asunto de la antiplanitis.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La América nueva

LA inquietud que empuja a las nuevas generaciones deriva, entre nosotros, ante todo, de la incertidumbre y de la desorientación ante la era que se abre.

La guerra de 1914 no es solamente una línea de partida para fijar la edad de los nuevos acontecimientos o un punto de apoyo para asentar el compás histórico al trazar la curva de un nuevo ciclo humano. Es un terremoto que dejó en el campo de las ideas más ruinas aún que en el reino material. Y esta remoción, como ciertos ecos que superan al mismo ruido que los originó, ha repercutido acaso más hondamente en los pueblos que no tomaron parte en la conflagración.

De aquí el desconcierto general que se advierte en nuestra América. De aquí la negación afónica. De aquí el ansia nebulosa de ignotos futuros. Mirando desde lejos, las perspectivas se recortan más netas, y es más intolerable la falsía de los telones pintados. Así se ha producido una hecatombe de axiomas. Así surgen, sin ilación, a veces contradictoriamente, las direcciones fragmentarias, los primeros pilotos de la nueva construcción.

Sin saber lo que viene, la juventud adivina, como los pájaros, por el sutil desplazamiento del aire, la sombra, o la luz, que se acerca. Y este estado de espíritu, que refleja hasta sobre el arte balbuciente inesperadas reverberaciones, plantea con franqueza el conflicto entre las fórmulas que se van y la realidad que viene.

Se tiene, en el orden interior, la evidencia de una organiza-